

CIEN VIAJES A OLIVARES

Fue olvidando el manejo de los coches suavemente, como se olvidan las fórmulas de trigonometría, sin dolor. Siempre terminaba viviendo en los centros de las ciudades, en pequeñas buhardillas o especie de palomares, donde pudiera vivir sola y rodeada de todos los elementos de una gran urbe. Esta vez no había sido así. Había elegido un pueblo de la zona metropolitana casi al azar, como si tuviera que forzar los cambios del mosaico que se va formando a través del paso del tiempo.

Pronto entró en su vida diaria un nuevo lugar. Igual que el bar donde siempre desayunaba, el bus se convirtió en parte de esa rutina que alivia en los momentos de gran desasosiego, pues ya dentro del pequeño viaje no hay más que decidir. Solo esperar el fin del recorrido.

Conductores que se iban haciendo familiares. Rostros habituales. Momentos en que se aislaba escuchando música, leyendo un libro y otros en que se distraía oyendo las conversaciones de las personas anónimas. Siempre con un aire de disimulada indiferencia que reforzaba con la presencia perenne de unos auriculares que dejaba sin sonido cuando le interesaba.

Ya era la cuarta vez que coincidía con ese extraño personaje. Mediana edad. Un cuerpo delgado que más se acercaba a la delgadez manchega quijotesca que al prototipo andaluz. Media melena de pelo oscuro que armonizaba con una perilla del más puro estilo siglo XVII. Pero lo que más le sorprendía era su entrada en el autobús. Subía por las escaleras arrastrando una pesada maleta con gesto contrariado y sudoroso producido por el gran

esfuerzo. Golpeaba torpemente los asientos con la gran maleta mientras iba pidiendo disculpas a los viajeros, hasta que lograba sentarse y acomodar la carga.

Esta vez nada cambió, salvo que se iba acercando al asiento de ella. Sin alejar la mirada de la ventana, sintió como se sentaba a su lado y un pequeño nerviosismo se apoderó de ella. No sabía cómo pero necesitaba entablar conversación de alguna manera. Después de idear primeras frases y rechazarlas mentalmente, le asaltó con una que ella misma se sorprendió al escucharse.

- ¿Por casualidad no estarás desplazando cadáveres descuartizados?.

Después de unos segundos de cruzadas miradas de asombro y aire retenido en los pulmones, arrancaron con una carcajada al unísono que mantuvieron durante minutos.

Estuvieron hablando durante todo el trayecto. Apareció siete veces la palabra libro, tres la palabra comic, cinco veces la palabra futuro, cuatro la palabra cambio. Así hasta que comprobaron que vivían en el mismo pueblo.

Una sonrisa definía el rostro de ella mientras recordaba ese viaje. El primer encuentro. Había transcurrido seis meses desde entonces. Lo recordaba en esa habitación rodeada de cinco estanterías. Las cuales contenían 120 comics y 300 libros. Lo que supuso quince viajes en autobús con un gran maleta.